proclamó mi rebajamiento. La incorrección de mi tema, los solecismos y los barbarismos que menudeaban en él, me lanzaron de pronto al último tercio de la clase, no lejos de Morlot, Laboriette y Chazal. Éstos, al menos poseían los atributos divinos: la permanencia y la estabilidad. En todo caso, y por mi desgracia, el primer lugar obtenido una sola vez daba a mi medianía un carácter de mengua, pero me aseguraba un lugar en el banquete de la fiesta de Carlo Magno.

Concebí acerca de aquel banquete ideas fastuosas. No diré que lo imaginase como el festín de los dioses que Rafael pintó en el techo de la Farnesina, y esto por muchas razones que sería inútil exponer, pero lo adorné con todas las pompas y todas las magnificencias que podía concebir entonces mi imaginación juvenil y débil, ya exaltada. Era el asunto más frecuente de mis meditaciones, y hubiera sido también el de mis conversaciones; pero no me atreví a hablar de ello a mi padre, temeroso de su frío razonar, ni a mi madre, porque sin duda me hubiera dicho que yo no merecía los honores de aquella mesa, ya que ser el primero una sola vez es como serlo casualmente. Por fin le dije a Justina, mientras freía patatas con gran estrépito, que en la fiesta de Carlo Magno servían pavos reales con su cola en abanico, un ciervo con su cornamenta, y jabatos con su piel sedosa. No eran invenciones mías: había leído aquellos esplendores culinarios en un libro de cuentos viejos, y me persuadí de que los renovarían agrandados en el banquete del 28 de enero. A pesar de todo Justina no me escuchaba, y metía el cogedor en la carbonera con un ruido tan atroz que hizo estremecer a mi padre en su butaca al otro extremo del piso.

Entre tanto el pequeño Alsine, siempre afable y humilde, siempre de tarda comprensión, ganaba puestos cada semana; un día llegó a colocarse entre Laperliere y Maurisset con asombro de todos los alumnos y del propio señor Beaussier. Aquel éxito era el presagio de otro éxito mayor y más importante: en la segunda semana de enero Alsine ocupó el primer lugar en tema griego. Había superado en el ejercicio del *iota suscrito*, a Laperliere y a Radel, y había conocido mejor que el propio Maurisset los verbos en *mi*. Toda la clase acogió el triunfo de Alsine con alegría y ruidosas manifestaciones, que imitaban el canto de los pajarillos para loar de aquel modo al que llevaba el nombre de su planta favorita, y aquellas voces trinadoras y selváticas dirigidas al héroe de los verbos en *mí*, hicieron sonreír al señor Beaussier cuyos labios, fruncidos por la sonrisa, le dieron un instante las apariencias de un viejo fauno. Llegó a suponerse que los gorriones cobijados en los árboles cubiertos de nieve, unían su canto al de sus imitadores. Ahora me avergüenza confesarlo, pero entonces me produjo una violenta contrariedad saber que Alsine sería uno de los comensales en el banquete de la fiesta de Carlo Mag-

no. Una gloria compartida con Alsine me desagradaba y dejé de prometerme honor y contento en una mesa donde me hallaría sentado junto a él. Confieso estas malas inclinaciones mías, pero a la vez pregunto, como preguntaba Juan Jacobo Rousseau, si alguno de mis lectores podría despreciarme por suponerse mejor que yo. Aquel día en que mostré un alma débil y vana, mi humillación fué dolorosa. El señor Beaussier hizo notar que mi ignorancia era absoluta en lo referente al *aoriste*, y que en mi tema cometí errores infinitos, y casi tan considerables como los de Morlot, Laboriette y Chazal.

Regresé cabizbajo a mi casa y corrí en busca de Justina, que cerca del fogón mondaba zanahorias con un formidable cuchillo. Rayaban de rojo sus brazos desnudos, arañazos, cortaduras, desgarraduras y toda clase de heridas. El arrebatado color de sus mejillas igualaba al de la lumbre. Le anuncié que la fiesta de Carlo Magno era un convite sin importancia, al cual asistirían imbéciles, idiotas y otros tipos inferiores, y que no servirían en aquella mesa pavos, ciervos ni jabalíes, sino fuentes de bacalao y de judías; me propuse demostrarle que «Alsine para los pajaritos» era un alma de cántaro. Mientras yo hablaba, Justina levantaba la tapa del puchero; después, con los ojos cegados por el vapor caliente, cogió de un cacharro que había en el vasar un puñado de sal, volcó sobre su cabeza una botella de aceite, tropezó en la mesa, hizo caer el quinqué, perdió el equilibrio y se desplomó con

estrépito. Era difícil sostener una conversación con persona tan accidentada, cuyas frecuentes desventuras no la servían de escarmiento.

El día de la fiesta de Carlo Magno presentóse húmedo y obscuro. El banquete se celebraba en el refectorio del colegio, donde yo no había entrado nunca, pero cuyo olor a grasas calientes me producía náuseas cada vez que pasaba por delante de sus puertas. Opinaba Justina que yo tenía el estómago delicado. El anchuroso comedor, provisto de largas mesas de mármol negro, estaba adornado con guirnaldas de papel, conforme al gusto flamante y sencillo de las decoraciones de cuartel y de sacristía. No habían puesto manteles, pero las servilletas estaban sobre los platos plegadas en forma de pajarita, y aquellos blancos simulacros me produjeron una sensación agradable, como si las palomas de Afrodita hubiesen revoloteado ya en mis ensueños. Me colocaron entre Laperliere, que estaba a mi izquierda, y Alsine, que ocupaba a mi derecha el extremo de la mesa, al pie del estrado donde el señor director, el padre Delalobe, brillaba venerable y sonriente en una negra corona de profesores. Yo despreciaba a Alsine, y Laperliere sentía desprecio por mí. Entre los tres no se cruzó ninguna frase. A Laperliere le quedaba el recurso de hablar con Radel, su vecino de la derecha, mientras que Alsine y yo nos veíamos condenados al mutuo silencio. No sirvieron pavos, ni ciervos, ni jabalíes, pero al fin llegaron, después de larga espera, los rabanillos

y las rajas de salchichón. Contemplé aquella corona universitaria donde florecía el señor Beaussier; reconocí sus labios sinuosos, sus largas patillas como espolvoreadas con pimienta y sal, su barbilla recién afeitada. Tenía una expresión menos firme que en su clase; sujetó la servilleta a su cuello y se llevó la comida a la boca. Esto me produjo alguna sorpresa; no se me había ocurrido imaginar que el señor Beaussier comía. Era la cosa más natural del mundo. Sin embargo, al ver a una persona no relacionamos con ella todas las funciones de su vida, y esta facultad de abstracción interesa mucho a la dignidad humana. Los platos se sucedían lentamente; el murmullo de las voces alegraba el comedor; mi vecino de la izquierda, Laperliere, explicaba a Radel el mecanismo de los revólvers y de las carabinas que había recibido de aguinaldo; porque aquellos príncipes de los estudios eran heroicos hasta en sus juegos. No me fué tan fácil interpretar lo que decía Radel referente a la equitación y a la caza. Yo, hijo de un médico de barrio, estaba por completo excluído de aquellas conversaciones, mientras Alsine me daba de cuando en cuando alguna muestra de simpatía, que yo rechazaba con el mismo gesto altanero que Radel y Laperliere tenían para mí. Con disimulo miraba de vez en cuando aquel pobre rostro, suave y fino, resuelto a no comunicarme con un ser inferior, a pesar de lo cual un algo misterioso y profundo que se agitaba dentro de mí me advertía que aquellos

sentimientos iban a extinguirse pronto para sustituirse por otros muy diferentes. Desoí estos avisos secretos, que un hombre de la antigüedad pagana hubiera considerado advertencias de los dioses. Después del asado y cuando, según dice Homero, hubimos satisfecho el hambre inexorable: el ruido de las voces y de las risas llegó a ser ensordecedor. Vi entonces por el rabillo del ojo que Alsine arrollaba su servilleta sobre su brazo derecho bajo el puño cerrado, al cual daba las apariencias de una cabeza con la punta de su pulgar asomada entre el índice y el dedo corazón; le vi contemplar aquella muñeca viva, con una tristeza afectada y en el fondo verdadera, y le oí decir:

—¿Cómo te encuentras aquí, pequeño Alsine? Tú no tienes con quién hablar. Es triste, pero consuélate. Hablaré yo contigo, y esto nos divertirá; te contaré una aventura extraordinaria del alumno Pedro Nozière. Este colegial ha venido al banquete de la fiesta de Carlo Magno en cuerpo y sin alma. Si tuviese alma, Nozière hablaría. Está callado porque su alma no vino con su cuerpo. ¿Dónde está su alma? ¿En qué país? ¿En la tierra o en la luna? Lo ignoro; y mientras el alma de Pedro Nozière divaga, sabe Dios por dónde, tú, mi pobre Alsine, almuerzas al lado de un cuerpo sin alma, de una figura de cera que no habla ni ríe. ¿Qué dices tú a esto, pequeño Alsine, pobre «Alsine para los pajaritos»?

Al principio de esta minúscula comedia exageré

mi desdén para resistir mejor a las insinuaciones de mi vecino; pero la gracia de su voz y de su pensamiento, el encanto de su alma dolorosa y dulce, conmovieron mi corazón. De pronto comprendí que Alsine valía más que yo por las condiciones más raras y preciosas de su inteligencia y de su carácter, y sentí que me inspiraba una ternura ardiente. Sin embargo no supe qué decirle; pero él comprendió mi pensamiento, y su rostro se iluminó con una alegre sonrisa. En un segundo llegamos a ser íntimos amigos; nos lo habíamos dicho todo sin hablar; yo le conocía como si hubiese vivido siempre con él.

«Alsine para los pajaritos», Jacobo Alsine, mi querido Alsine, vivía con su madre y con su hermana en un aposento muy bonito de la calle del Sena, con muebles de terciopelo azul y rosa. Su padre, Felipe Alsine, profesor de Química en la Escuela Normal, había muerto joven, precisamente cuando preparaba importantes descubrimientos. Jacobo Alsine también deseaba dedicarse a las ciencias.

—Las hay muy agradables—me dijo—; te lo aseguro, pero no confío en poder estudiarlas; mi salud no me ayuda; este mismo año estuve muy enfermo.

—No debe ser cosa grave—le repliqué.

—No, no es cosa grave—repitió con una sonrisa de sus labios descoloridos—. Mi hermana también está muy enferma. Le quedan tres meses de curso;

perdió en Gramática los participios y en Historia el feudalismo. ¿Qué te parece?

—A mí—le objeté—me gusta la Historia, sobre todo cuando es extraordinaria.

—A mí tambien; pero me pierdo entre las sucesiones de imperios y monarquías. Tal vez soy muy pequeño para esos estúdios.

—Tú no eres muy pequeño.

—Cada vez soy más pequeño; disminuyo; llegaré a ser pequeñito, pequeñito.

La comida resultó muy agradable. Nos sirvieron huevos a la nieve en grandes ensaladeras, y nos sirvieron vino de Champagne. Aquello nos alegró. Hasta Laperliere quiso brindar conmigo, y yo acerqué veinte veces mi vaso al de mi amado Alsine. Le conté la historia de la portera que arrojó un cubo de agua al rostro del casero, segura de que lo echaba a los pilluelos juguetones. Él me refirió, sonriente y con frases entrecortadas por una tosecilla seca, la aventura del castañero que ve salir de estampía el hornillo de las castañas, porque unos bromistas lo sujetaron con un bramante a la rueda de un carruaje. Luego hablamos con admiración de Espartaco, de Epaminondas y del general Hoche. En cuanto a Carlo Magno, su inmensa barba nos lo ofrecía un poco risible.

—Sin duda no ignoras—me dijo Alsine—que luchó contra los normandos al frente de un ejército compuesto por veinte mil francos.

Creo que ya estábamos un poquito beodos, y es

indudable que al salir del banquete llevaba yo en el bolsillo la servilleta. Acompañé a mi amigo hasta su casa, y con su manecita ardorosa entre las mías le juré un afecto imperecedero.

Aquella pobre criatura murió a los veinte años.

VIII

ROMANTICISMO

Una de las personas más extraordinarias entre las que frecuentaban mi casa cuando yo tenía doce años era el señor Marc Ribert, hombrecillo de cincuenta o cincuenta y cinco años, con el pelo erizado, la frente abombada, las mejillas chupadas, y que hacía todo lo posible para ofrecer un aspecto de fatalidad y desesperación. Seguramente la marcha de sus asuntos influyó en este carácter, y se decía que iban de mal en peor por su causa. Hijo de un almacenista de vinos de Bercy, en su juventud había tratado asiduamente con los artistas y los escritores, con las mujeres galantes y con los cómicos; había dado fiestas magníficas, había hecho construir un castillo gótico en Clamart y había disipado en todo género de prodigalidades la herencia paterna. Su mujer, que murió joven de la dolencia que aún se llamaba entonces «consunción», le había dejado una hija de belleza ideal y de muy quebrantada salud. Al decir de las gentes, sólo cuando se le agotaron los recursos decidió suprimir sus derroches;